

VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay etapas en la recuperación en las que el deseo de libertad es sincero, pero la tentación sigue regresando. Oramos, hacemos compromisos, asistimos a juntas y removemos las fuentes evidentes de la tentación. Aún así, las viejas fantasías, hábitos o conductas de escape pueden reaparecer. Cuando el progreso se percibe como lento, la culpa puede sugerirnos que estamos rotos como nadie más o que Dios se ha cansado de escucharnos que le pedimos ayuda.

La mujer cananea en el Evangelio del domingo sabe lo que significa continuar buscando la misericordia cuando la respuesta no llega inmediatamente (Mateo 15:21–28). Su hija está sufriendo y se acerca a Jesús suplicando: “*Señor, hijo de David, ten compasión de mí*”. En un inicio, Jesús no le responde. Los discípulos quieren que se aleje. Incluso, cuando la interacción se torna difícil, ella se queda frente a Cristo y le dice: “*¡Señor, ayúdame!*”

Su perseverancia va acompañada de humildad. No finge poseer un poder que no tiene. No se defiende ni exige que Jesús responda como ella quiere. Confía, en que incluso la más mínima parte de Su misericordia es suficiente. Jesús responde, “*Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que desees*.” Su fe se demuestra por medio de su disposición a seguir siendo honesta, dependiente y abierta a la gracia.

La recuperación de la adicción sexual requiere esa misma actitud. No podemos sanarnos solo con determinación, ni podemos negociar con la tentación mientras esperamos la libertad. Sacamos a la luz nuestra debilidad y seguimos regresando a Cristo. Admitimos cuando nuestros pensamientos empiezan a dirigirse hacia la fantasía. Llamamos a un padrino, madrina o persona de confianza que está en recuperación, antes de que el actuar en secreto adquiera fortaleza. Recibimos los Sacramentos, practicamos el cuidado de los ojos y tomamos acciones concretas para proteger la libertad que Dios está restaurando.

La culpa muchas veces nos insiste en que la tentación recurrente significa que estamos lejos de la misericordia. Nos sugiere que nos

escondamos hasta que seamos dignos de recibir la ayuda de Dios. La primera lectura presenta una promesa distinta. Dios declara que Su casa “*una casa de oración para todos los pueblos*” (Isaías 56:1, 6–7). Nadie que le esté buscando con sinceridad, queda fuera. Nuestra historia, fracasos y deseos desordenados, no nos dejan fuera del alcance de Su gracia.

Esto no significa que la perseverancia sea pasiva. La fe humilde coopera con la gracia. No pedimos a Dios que suprima la tentación, al mismo tiempo que seguimos permitiendo las condiciones que la nutren. Analizamos nuestras rutinas, relaciones, uso de la tecnología, desencadenantes emocionales y lugares de aislamiento. Aceptamos la guía incluso cuando esta presenta un desafío para nosotros. Tenemos más disposición a renunciar, no solo al comportamiento abierto, sino también a las fantasías privadas y a las concesiones sutiles que mantienen viva a la lujuria.

Este proceso refleja el contenido de los Pasos Dos y Tres. Llegamos a creer que Dios puede devolvernos el sano juicio, incluyendo la cordura para ver con claridad a la lujuria en lugar de romantizarla. Después, ponemos nuestra voluntad y nuestras vidas a Su cuidado. Esa entrega debe renovarse cada vez que el temor, la sensación de merecer, la soledad o el resentimiento nos tientan a buscar una intimidad falsa.

Rara vez, la sanación ocurre en un solo momento. La castidad crece por medio de actos frecuentes de honestidad, humildad y dependencia de Dios. Cada vez que impedimos la fantasía, buscamos ayuda en lugar de aislarnos, confesamos sin minimizar o elegimos una relación auténtica en lugar de huir, cooperamos con la gracia. Estas decisiones pueden parecer pequeñas, pero poco a poco, transforman nuestros deseos.

La mujer cananea nos recuerda que la perseverancia humilde nunca es en vano. Cristo no rechaza nuestra necesidad. Nos invita a

permanecer ante Él, decir la verdad y confiar en que Su misericordia es más fuerte que nuestra culpa. La libertad crece a medida que dejamos de escondernos, seguimos pidiendo ayuda y permitimos que la gracia llegue a los lugares que antes protegíamos en secreto.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- Cuando la tentación vuelve, ¿qué pensamientos o sentimientos te hacen más propenso a esconderte en lugar de pedir ayuda?

- ¿Qué fantasía, concesión, rutina o lugar de aislamiento, estás llamado a entregar de forma más total?

- ¿Qué acción concreta puedes tomar esta semana para cooperar con la gracia, antes de que el secreto o la tentación tomen fuerza?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 56:1, 6–7

SAL. RESP. Salmo 67:2–3, 5, 6, 8

SEGUNDA LECTURA Romanos 11:13–15, 29–32

EVANGELIO Mateo 15:21–28